

LA RELIQUIA

Sobre la vigorosa desnudez
de la Verdad—el diáfano manto
de la Fantasía.

Decidí componer durante las vacaciones del verano, en mi quinta del Mosteiro (antiguo solar de los condes de Lindoso), las Memorias de mi vida. En este siglo tan consumido por las dudas de la inteligencia y tan angustiado por los tormentos del dinero, encierran, creo yo y cree mi cuñado Crispín, una enseñanza luminosa y fuerte.

En 1875, la víspera de San Antonio, una desilusión de incomparable amargura abatió todo mi sér; por aquel tiempo mi tía, doña Patrocínio de las Nieves, me mandó en romería á Jerusalem desde el Campo de Santa Ana donde vivía: en el recinto de las santas murallas, un día abrasador del mes de Nizam, siendo PONCIUS PILATUS procurador de Judea, ELIUS LANMA legado imperial de Siria, y J.-ΚΑΙΑΡΗΑ Sumo Pontífice, testimonié milagrosamente escandalosos sucesos: volví después y un gran cambio se hizo en mi espíritu y en mi fortuna.

Son tan raros estos casos en una existencia desordena-

da, como grandes y umbrosos robles llenos de sol y de murmullos en campo de agostada hierba. Mientras sobre mi tejado vuelan las golondrinas y aspiro el perfume de los claveles de mi jardín, quiero escribir con sobriedad y con sinceridad cuanto atañe á mi peregrinación.

Esta jornada á tierra de Egipto y á tierra de Palestina permanecerá siempre como la gloria superior de mi destino en la vida; y sería mi mayor deseo que perdurasen las letras y fuese para la posteridad un monumento airoso y fuerte. Escribiendo por motivos solamente espirituales, no quiero que las páginas íntimas en que recuerdo mi peregrinación se parezcan á una *Gala pintoresca de Oriente*. Por eso, á pesar de las solicitudes de la vanidad, suprimí en este manuscrito sabrosas y brillantes descripciones de ruinas y de costumbres...

Por lo demás, este país del Evangelio, que tanto fascina á la humanidad sensible, es mucho menos interesante

que mi seco y natal Alemtejo: tampoco me parece que las tierras favorecidas por una presencia Mesiánica ganen jamás en gracia ó esplendor. Nunca me fué dado recorrer los Lugares Santos de la India en que Budha vivió—arboledas de Migadaia, oteros de Veluvana, ó ese dulce valle de Rajagria por donde se dilataban los ojos adorables del maestro perfecto cuando un fuego reventó en los juncales, y Él enseñó, en inmortal parábola, como la ignorancia es una hoguera que devora al hombre, y se alimenta con las engañosas sensaciones de la vida que los sentidos reciben de las engañosas apariencias del mundo.

Tampoco visité la caverna de Hira ni los devotos arenales que se extienden entre la Meca y Medina y que tantas veces pisó Mahoma, el profeta excelente, con lentitud y pensativo sobre su dromedario. Mas, desde las higueras de Bethania hasta las aguas silenciosas de Galilea, conozco bien los sitios en que habitó ese otro intermediario di-

vino lleno de enternecimiento y de sueños á quien llamamos Jesús-Nuestro-Señor: en tales lugares sólo hallé aspe-
reza, sequedad, miseria y silencio.

Jerusalem es una ciudad mahometana con turbas an-
drajosas, agazapada en un recinto de murallas color de
lodo, hediendo al sol bajo el tañido de tristes campanas.

El Jordán, hilo de agua fangosa y lenta que se arrastra
entre arenales, no puede ser comparado á ese claro y sua-
ve Lima, que, allá abajo, en la hondonada del Mosteiro,
baña las raíces de mis abedules: y sin embargo, estas hechi-
ceras aguas portuguesas no correrán jamás entre las rodi-
llas de un Mesías, ni jamás las rozarán las alas de los án-
geles, armados y rutilantes, trayendo del cielo á la tierra
las amenazas del Altísimo.

Por lo demás, como hay espíritus insaciables que cuan-
do se les tercia leer un viaje por las tierras de la Escritura,

anhelan conocer desde el tamaño de las piedras hasta el
precio de la cerveza, yo no puedo menos de recomendar aquí
la obra voluminosa y lata de mi compañero de peregrina-
ción, el alemán Topsius, doctor por la Universidad de
Bonn y miembro del *Instituto imperial de excavaciones his-
tóricas*. Son siete volúmenes *in quarto*, amazotados, im-
presos en la ciudad de Leipzig, con este título sutil y pro-
fundo:—JERUSALEM PASEADA Y COMENTADA.

En cada página de ese sólido itinerario, el docto Top-
sius habla de mí con admiración y con melancolía. Me
denomina siempre el *ilustre hidalgo lusitano*; y la hidalguía
de su compañero, que él hace remontar á los Barcas, llena
manifiestamente al erudito plebeyo de delicioso orgullo.
Además de eso, el esclarecido Topsius se vale de mí, en
muchas páginas de sus repletos volúmenes, para atribuir
falsamente á mis labios ó á mi cerebro, frases y juicios de

beatona y babosa credulidad que el erudito alemán luego rebate y pulveriza con sagacidad y facundia.

Dice por ejemplo:—«Delante de tal ruina del tiempo de la cruzada de Godofredo, el ilustre hidalgo lusitano pretendía que Nuestro Señor, yendo un día con la Santa Verónica...» Y luego deja caer sobre mí la tremenda y ciclópica argumentación con que me destruye. Sin embargo, como las arengas que me atribuye no son inferiores en sentimiento elegíaco y sabia arrogancia teológica á las de Bossuet, no he querido denunciar en una nota á la *Gaceta de Colonia* por qué tortuoso artificio la afilada razón de Germania triunfa de la roma fe del Mediodía.

Hay, sin embargo, un punto de *Jerusalem paseada* que no quiero dejar sin enérgica contestación. Es cuando el doctísimo Topssius alude á dos envoltorios de papel que me acompañaron en mi peregrinación desde las callejuelas de Alejandría hasta las quebradas del Carmelo. Con

aquella fórmula rotunda que caracteriza su elocuencia universitaria, el doctor Topsisius dice:—«¡El ilustre hidalgo lusitano transportaba allí restos de sus antepasados recogidos por él, antes de dejar el suelo sacro de la patria, en su antiguo solar almenado!...» Manera de decir singularmente falaz y censurable, porque induce á que supongan en la erudita Alemania que yo viajaba por las tierras del Evangelio llevando envueltos en un papel de estraza los huesos de mis abuelos.

Ninguna otra imputación podría desagradarme tanto. No por el hecho de denunciarme á la Iglesia como profanador de sepulturas domésticas; menos me pesan á mí, comendador y propietario, los anatemas de la Iglesia, que hojas que á veces caen sobre mi quitasol desde lo alto de una rama seca. Realmente, la Iglesia, después de haberse embolsado sus emolumentos por enterrar un haz de huesos, no se preocupa de si permanecen resguardados

bajo la rígida paz de un mármol eterno, ó si andan envueltos en dos cucuruchos de papel de estraza. Pero la afirmación del doctor Topsisius me desacredita ante la burguesía liberal, y en estos tiempos de semitismo y de capitalismo, solamente de la burguesía liberal pueden obtenerse favores de alguna importancia, desde los empleos en los bancos, hasta las encomiendas de la Concepción. Yo tengo hijos y tengo ambición. En los tiempos actuales, la burguesía liberal aprecia, ensalza y procura atraerse á los caballeros de abolengo y de solar; pero con razón detesta al hombre vano y linajudo que pasa ante ella encopetado y tieso con las manos cargadas con los huesos de sus antepasados: esto es un sarcasmo mudo á los antepasados y á los huesos que á la burguesía liberal le faltan.

Pro eso intimo al docto señor Topsisius, que con sus penetrantes ojos vió formarse mis dos envoltorios de papel

de estraza, no sé si en la tierra de Egipto ó en la tierra de Canaán,—para que en la segunda edición de JERUSALEM, sacudiendo púdicos escrúpulos de académico y estrechos desdenes de filósofo, divulgue por la Alemania científica y por la Alemania sentimental cuál era el contenido de aquellos dos envoltorios de papel de estraza. Yo le ruego que lo revele tan francamente como yo lo hago á mis conciudadanos en estas páginas donde vive la realidad, ora embarazada y tropezando en los pesados ropajes de la historia, ora más libre, y saltando bajo el disfraz vistoso de la farsa.

